

**Enrique Gómez Medina**



**Piedras Verdes**  
**La trilogía**

# Los Cuatro Reinos



# Libro Primero

## Primer verano en Piedras Verdes

### Prólogo

Algo salpicó en el agua y desapareció. Un pez muy grande, quizá. Sin embargo, Matías no pudo evitar que un escalofrío recorriera su espalda. Se arrebujo en su viejo abrigo a cuadros. Hacía mucho frío, incluso para ser enero, y sus huesos ya no eran los de un joven. Aquella noche el viento no parecía venir del mar, sino – ¿por qué lo pensó? – de una lóbrega tumba.

Se incorporó con esfuerzo. Era hora de volver a casa. Llevaba horas recorriendo la orilla del Saltogrís y ni siquiera sabía lo que estaba buscando. Pero entonces, justo cuando fue a girarse, ocurrió algo extraño.

El viento se detuvo.

Fue tan brusco que se pudo oír el último chapoteo del agua contra la orilla. La mano de Matías buscó instintivamente la cruz de oro que siempre le acompañaba.

La quietud que siguió era absoluta, irreal. Como la calma plomiza que precede a una tempestad. *O el interior de una tumba.* Ni un solo sonido atravesaba el aire, parecía espeso como engrudo. La superficie del

Saltogrís se aplanoó como un espejo, y sobre su negrura aparecieron la luna y las estrellas.

Entonces Matías supo que no tendría que buscar más. Porque lo que buscaba, le había encontrado a él.

Una sombra se deslizaba rápidamente sobre el agua. La acompañaba, cada vez más claro, una especie de canto. Parecían voces desafinadas que entonaban un viejo cántico de iglesia. El bosque se inundó de un fuerte olor a incienso. Matías sintió como se le helaba la sangre en las venas, mientras se abría en su cerebro el cajón de los terrores olvidados. Sus manos comenzaron a temblar y la cruz cayó al agua.

Entonces, por fin, reaccionó. Se volvió y echó a correr hacia el pueblo. Casi no se veía el suelo, y rezó para no tropezar. Mientras se alejaba, dejó de oír los cantos, pero el olor a incienso todavía impregnaba su nariz. A lo lejos vio el primer farol de la calle, que se balanceaba colgado de un cable. El aire parecía no llegar a sus pulmones. Aun así siguió corriendo hasta que sus pies por fin pisaron el empedrado. Entonces se detuvo, extenuado. Se dobló sobre sí mismo intentando recuperar el aliento. Miró detrás de él, pero la oscuridad más allá del farol era impenetrable. Sintió de nuevo cómo el miedo le retorcía el estómago, y obligó a sus piernas a moverse. No había nadie en la calle –¿habría servido de algo?–, pero su casa no quedaba lejos. Un último esfuerzo y estaría a salvo.

Entró en el callejón escuchando detrás de él, imaginando el sonido de algo que se arrastraba

rápidamente hacia su espalda. Dobló la esquina y bordeó la cerca de su vecino. Miró hacia las ventanas con la esperanza de que estuviera en casa, pero se encontraban totalmente a oscuras, con carámbanos colgando sobre ellas.

Con la garganta ardiendo, por fin divisó la farola amarilla de su casa. Abrió la puerta del jardín de un empujón mientras buscaba las llaves en su bolsillo. Recorrió a grandes zancadas el camino de gravilla hasta la puerta.

Pero algo marchaba mal.

Otra vez le alcanzó el olor a incienso. Y no provenía de detrás de él sino de delante, de la casa. Sintió como el pánico le atenazaba y se dispuso a huir de nuevo, cuando vio el cobertizo. Sin pensarlo, entró y echó el cerrojo con un golpe, que resonó largamente en la oscuridad del cuarto. Buscó a tientas la bombilla, pues no había interruptor. La encontró y la enroscó en su casquillo, y una luz pálida se derramó sobre la carretilla, las herramientas y los demás cachivaches que se amontonaban en el reducido espacio. Intentó escuchar, pero solo oía los latidos desbocados de su corazón. Sentía los pulmones a punto de estallar, y las sienes le palpitaban con fuerza. Pasó un tiempo alerta a cualquier sonido al otro lado de la puerta. Pero nada sucedió. La bombilla se mecía al final del cable, haciendo que las sombras bailasen de un lado a otro, sin parar. Poco a poco, comenzaba a recuperar la respiración. Pasaría la

noche allí si era necesario, de todas formas no iba a dormir mucho. Ese algo le estaba esperando en su casa, como si supiese dónde vivía. Era absurdo. ¿Lo habría imaginado todo? Empezaba a creer que aquellos que le llamaban loco tenían razón. Quizá por la mañana todo pareciera una fantasía, ojalá fuese así.

Pero estaba equivocado.

En ese momento, la luz bamboleante de la bombilla se detuvo y Matías, con los músculos paralizados por el terror, volvió lentamente la vista hacia ella. La bombilla se había parado en un ángulo extraño, como si alguien la sostuviese con una mano invisible. Una figura humana le observaba desde el rincón. Un suave olor a incienso se derramó por la estancia.

-¿Tú?

-¿A quién esperabas?

Fue lo último que escuchó Matías. Un instante después sintió que un frío helado le atravesaba el corazón y cómo, poco a poco, las tinieblas lo invadían todo.

\*\*\*

El muchacho se encontraba solo en la casa, esperando. Tenía mucho miedo. Cualquier ruido, y había muchos, le hacía dar un brinco. Pero no era el momento. Tenía que aguantar. Había dado el gran salto.

De pronto, el marco de la puerta crujío. Sí, era la puerta. El muchacho se encogió en el rincón. La gran hoja de madera se abrió un poco, dejando ver la oscuridad de afuera. De repente, por el estrecho hueco se deslizó, como una sombra, una figura encapuchada, espectral. El chico vio con horror cómo la aparición miraba alrededor y se detenía en las sombras donde él se ocultaba. Le había visto. Una mano cadavérica empujó la puerta hasta que se cerró. Entonces, lentamente, el encapuchado se volvió.

—Así que estás aquí —pronunció despacio.

—Sss... Sí. Como prometí —respondió el chico con la lengua como de goma.

—He de reconocer que nunca te creí. Pero ahora veo que estás dispuesto a ser uno de los nuestros.

Se había acercado hacia el muchacho. Este, sin escapatoria, se obligó a sí mismo a adoptar una actitud arrogante. Se irguió, aunque gruesas gotas de un sudor helado le resbalaban por la espalda.

—Has sido valiente, y nos has ayudado mucho. El Gran Señor estará contento —dijo el encapuchado tendiéndole la fantasmal mano. El muchacho no pudo ocultar su regocijo mientras se arrodillaba, y no volvió a preocuparse de las manchas de sangre sobre su abrigo.

# Capítulo 1

Aquel prometía ser el verano más deprimente de su vida. Guillermo miraba por la ventana y veía al resto de los chicos bañándose y haciéndose ahogadillas en el río, bajo el puente. Él, en cambio, estaba condenado a pasar toda la mañana en aquella biblioteca polvorienta, en compañía de Matemáticas 1 y de su hermana Gemma. Ella no estaba estudiando, se dedicaba a leer tebeos, para mayor desesperación de Guillermo.

Era el primer verano que pasaban lejos de sus padres. Estos, científicos de cierta fama, habían aceptado la oferta de una prestigiosa universidad de Estados Unidos para dirigir un seminario del que formarían parte investigadores de todo el mundo. Cuando se lo dijeron, su padre ni lo dudó; estaba emocionado. No así su madre, que no dejaba de preocuparse por los niños. No se los podían llevar con ellos, porque apenas podrían dedicarles tiempo. Le dio vueltas durante semanas, incluso estuvo a punto de decirle a su marido que se fuera sin ella. Pero un día llamó la abuela Elisa.

—Hija, ¿y por qué no los dejas conmigo, en Piedras Verdes? Aquí lo pasarán bien, además hace mucho que no los veo y les tengo ganas.

—Mamá, son casi adolescentes, no te vas a poder hacer con ellos.

—Si me pude hacer contigo...

—Es distinto, no son tus hijos.

—Ya, lo que quieres decir es que estoy vieja, ¿no?

—No es eso, mamá. —La abuela Elisa tenía una vitalidad envidiable; ella estaba pensando más bien en su fama de alocada.

—Bueno, pues no se hable más. Por una vez en la vida que le hagas un regalo a tu madre...

Así pues, los enviaron en tren a pasar su primer verano solos. O casi solos. Permanecerían bajo la atenta mirada (con gafas) de su abuela Elisa. Aunque en los últimos años apenas se veían, su madre sabía que ella se encargaría de proporcionarles cariño a manos llenas. Asumió la tarea de que los niños olvidaran la falta de sus padres tanto como fuera posible. También le habían encomendado otra misión, mucho más desagradable para ella: velar por el cumplimiento del estricto plan de estudios de Guillermo. El día de junio que este subió despacio las escaleras de casa, con un sobre abierto en el bolsillo del pantalón, fue uno de los peores de su vida. Había suspendido tres asignaturas. No se lo había dicho a nadie, ni siquiera a sus amigos, a los que había tenido que mentir. Nunca olvidaría la cara de decepción que puso su padre cuando leyó el contenido del sobre. No le regañó, ojalá lo hubiera hecho. Volvió a doblar el papel con una expresión de “¿qué podía esperar de él?” y pidió a Guillermo que se fuese a su cuarto. Pero su madre no lo dejó estar. Los siguientes dos meses tendría que estudiar todos los días de diez a dos, y responder por escrito a un examen semanal que le enviaría por carta.

Poco se imaginaron que podría cumplir ese plan apenas unos días, por la serie de hechos increíbles en los que después se vio mezclado.

También era la primera vez que pasaban tanto tiempo en Piedras Verdes, el pueblecito costero donde vivía su abuela. Estaba situado en un pequeño valle y rodeado por dos ríos que lo envolvían como una horquilla, el Helecho y el Saltogrís. El primero era alegre y cantarín, no muy profundo y tan transparente que desde el puente cercano a la biblioteca se podrían contar las suaves piedras del fondo, si se dispusiese de mucho tiempo, claro. El Saltogrís, en cambio, era de aguas oscuras, lentas, que se arremolinaban sin ton ni son para volver después a su quieto avance. Nunca se veía a nadie bañándose en él y, aunque su abuela no quiso hablar mucho del tema, les dio a entender que había tenido relación con algún hecho terrible en el pasado.

Y allí estaba Guillermo, mirando por la ventana con añoranza de sus excursiones en bicicleta o de estar flotando en el mar. Gemma cerró el tebeo y, todavía sonriendo por la última viñeta que había leído, se levantó a por otro. Se dirigió a la estantería de “Literatura infantil y juvenil”, apartado “Historieta ilustrada” y, mientras, echó una ojeada a las otras mesas. Solo había otras dos personas en la biblioteca: una era un chico gordito y rubio, más o menos de la edad de su hermano, que tenía un montón de libros sobre la mesa. Pasaba las hojas frenéticamente, y escribía y dibujaba a la vez en un

cuaderno . Ni levantó la cabeza cuando ella pasó a su lado. La otra persona era el bibliotecario, el señor Esteban, un viejecito muy simpático que conocía cada uno de los libros de aquellas estanterías como si los hubiera escrito él. Consultarle era estupendo. Aunque ahora Gemma tenía muy claro el que quería. Se puso a rebuscar entre los tebeos hasta que encontró el número siguiente al que acababa de terminar. Ansiosa por continuar la historieta, se dirigió deprisa hacia su mesa. Pasó al lado de la del chico gordito y, sin querer, rozó con el codo el atril donde sostenía el libro que leía como loco. Cayó con un estrépito que retumbó en la quietud del lugar como un disparo. Guillermo levantó la cabeza. El chico, que pareció despertar de un trance, se abalanzó sobre el libro, pero Gemma ya lo había recogido del suelo junto con su atril.

—Perdona —dijo en un susurro—. No sé por qué página ibas.

Entonces leyó la portada: *Técnicas de ligue (clásicas)*. El muchacho se puso rojo como la grana.

—No es para mí...

Gemma no podía contener la risa, pero le dijo simplemente:

—Espero que me enseñes alguna buena.

—El chico agradeció el que no se burlara. Y más aún que no se lo contara al otro muchacho, el alto, que parecía ser su hermano.

Cuando ambos salieron de la biblioteca con sendos bollos de pan de cereza, para el recreo, la niña se dirigió a él.

—¿Vienes con nosotros?

El muchacho gordito, sorprendido, aceptó. No tenía mucha facilidad para hacer amigos.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Guillermo.

—Jorge Trinidad.

—¿Jorge Trinidad? —esta vez tanto Guillermo como Gemma estuvieron a punto de reírse.

—Trinidad es apellido —aclaró el chico, un poco ofendido. En el colegio era costumbre conocerse por el nombre y el apellido.

—Ah, perdona. Yo me llamo Guillermo, y ella es mi hermana Gemma.

—Encantado. ¿Sois de por aquí?

—No, estamos de vacaciones. O algo parecido —añadió Guillermo con una mueca de disgusto.

—Ya veo. Yo también he venido de vacaciones con mis padres.

—¿Y qué haces aquí metido? ¿Cómo no estás bañándote con tus amigos?

—Bueno..., tengo montones de amigos —mintió Jorge—, pero estoy un poco harto de bañarme y eso.

—¡Qué suerte! Nosotros no conocemos aún a nadie, ¿cómo vamos a conocer si no salimos de esta cueva?

—La biblioteca no está mal. Hay libros muy interesantes. —En el acto se arrepintió de sus palabras, y miró de reojo a Gemma. Esta mantuvo la compostura.

—Bien, nosotros venimos todos los días, de diez a dos —dijo Guillermo—. Aquí estaremos, si te pasas.

Compartieron con él el pan de cerezas que les había preparado la abuela Elisa. Había cantidad, no para tres, sino para seis. Después, aunque sin muchas ganas, volvieron a entrar en la biblioteca. A Guillermo se le hacía pesadísima la segunda parte de la mañana. A las dos menos veinte, le dijo a Gemma:

—Oye, ya estoy cansado, ¿nos vamos?

—¡Aún faltan veinte minutos!

—Podemos acompañar a Jorge, y así no se nos hará tarde, y la abuela no se enfadará —repuso su hermano.

—Bueno —admitió la niña, no muy convencida.

—Hala, vámonos.

Guillermo recogió sus cosas con gran alivio. Le hicieron señas a Jorge, que asintió y recogió a su vez. Él y Gemma dejaron sus libros sobre una mesa en la que un cartel rezaba: “Dejen aquí los ejemplares que hayan consultado”. Jorge lo dejó boca abajo. Al salir, se despidieron del señor Esteban.

—¡Hasta mañana, señor Esteban!

—Hasta mañana, chicos. Hoy os vais un poco antes —dijo mirando su reloj.

—Su reloj es exactamente igual que el mío —dijo Jorge, mostrándolo. Era un reloj digital de plástico, muy de

moda entre los chicos de su edad. Los mayores, sin embargo, no solían llevarlos de ese tipo. Preferían los metálicos de agujas.

—Los que sabemos elegir... La verdad es que siempre he llevado reloj de acero, pero últimamente me da un poco de alergia. Hasta las gafas las he tenido que cambiar por otras de pasta —dijo mientras se las recolocaba sobre la nariz—. Los viejos tenemos todos los achaques que se os ocurran. Bueno, disfrutad de la tarde. Y no comáis muchos caramelos, mejor traédmelos a mí.

Salieron a la calle. La luz del sol les hizo pestañear, y una excitante sensación de libertad les invadió.

—¿Dónde vives, Jorge? —preguntó Guillermo.

—Por allí, junto al parque de las hamacas. —Lo llamaban así porque en verano se alquilaban hamacas de tela a rayas verdes y blancas, que poblaban la hierba de turistas quemados por el sol.

—Vale, vamos contigo.

Fueron paseando tranquilamente, disfrutando de la brisa sobre sus rostros. Siguieron un trecho junto al río, y luego atravesaron el callejón del Olmo, que a aquellas horas era umbrío y fresco. Estaba totalmente cubierto por árboles y matorrales formando una cúpula que apenas dejaba pasar la luz del sol. Un poco más tarde, con el crepúsculo, negras sombras lo invadirían, y quedaría en la más completa oscuridad. Pero aun en pleno día el silencio y la quietud que reinaban en él eran poco tranquilizadores. Asomaban a él varias puertas metálicas

casi ocultas entre la maleza. Eran entradas traseras de jardines, y estaban bastante descuidadas. Sobre ellas alguien había pintado extraños dibujos. Todos representaban caras, pálidas y sin pelo. Algunas sonreían, otras parecían estar gritando de terror. Un rostro lloraba lágrimas color tierra. Guillermo se fijó en sus ojos vacíos y en su boca serrada, como de calabaza de Halloween, formando cinco picos. A Gemma no le gustaba aquel lugar en absoluto, y miraba continuamente por encima del hombro mientras caminaban.

—¿No os parece que en este pueblo hay algo siniestro?

—dijo cuando salieron de nuevo al sol del otro lado.

—Sí, hay algo que da miedo —asintió Jorge.

—A mí lo que más miedo me da es tener que estudiar todos los días de este maldito verano —dijo Guillermo.

Pronto llegaron al parque. Se dirigieron al estanque central, donde algunos chicos hacían navegar sus pequeños barcos de vela.

—¿Tienes bici? —preguntó Guillermo.

—Sí, una *Cross-track-radical balanced gear* —respondió Jorge, emocionado.

—Esto..., vale —dijo Guillermo mirando a Gemma y levantando mucho las cejas—. ¿Por qué no hacemos una excursión esta tarde? Podríamos ir hasta la playa.

—¡Sí! ¡Podríamos coger conchas! —exclamó Gemma.

—Y bañarnos, o buscar cangrejos... —añadió Guillermo.

—Bueno, se lo diré a mis padres... Aunque sí, creo que sí, ¿quedamos aquí, en el parque?

—Muy bien, a las cinco en el sauce ese, junto al estanque.

Gemma y Guillermo se fueron muy contentos, por fin con algo divertido a la vista. Cuando llegaron a casa de su abuela Elisa, nada más verles les preguntó:

—¿Qué os pasa? Hoy no parece como si estuvierais cumpliendo condena en una cárcel de ogros. Parecéis niños normales y felices. ¡Qué raro, qué raro! Bueno, el que tenga hambre, que se lave las manos.

La comida era uno de los momentos alegres del día. La abuela Elisa cocinaba como los ángeles, pero unos ángeles un tanto chiflados, porque sus recetas eran absolutamente inverosímiles. Aquel día tenían huevos agridulces acompañados de confitura de maíz, y filetes de mero encostados con caramelo de limón. Había calentado pan de nueces, y siempre ponía sobre la mesa queso tierno del de la señora Engracia, por si alguien se quedaba con hambre. De postre tuvieron melocotón troceado con almíbar de frambuesa. A la abuela Elisa le encantaba ver comer a la gente, y a la gente le encantaba comer sus platos, y por eso nunca comía sola. La abuela Elisa tenía cara de buena, pero era muy traviesa. Se reía mucho con las historias de sus nietos, mostrando una dentadura más sana que las suyas, y solo les regañaba cuando estaban sus padres delante, para que vieran que les educaba como Dios manda. Llevaba unas gafas doradas, pequeñas, siempre en la punta de la nariz, y tenía el pelo de un rubio pálido muy poco frecuente. Las

peluqueras muchas veces le preguntaban si se lo teñía, y ella les respondía:

—Sí, hago una mezcla con vinagre, grasa de caballo, tomate frito y canela, y me la dejo en el pelo un par de horas. Con una vez al mes basta. —Y les guiñaba un ojo.

Algunas clientas ponían cara de interesadas, y aparecían al día siguiente luciendo un gorrito que les tapaba toda la cabeza y renegando en voz baja contra la bromista de la abuela. Y pidiendo hora para el tinte, claro.

—Bueno ¿ya habéis terminado?, ¿queréis un poco de bizcocho de jengibre? —preguntó.

—Abuela, no podemos más, vamos a reventar — protestaron los chicos.

—Pues reventad en otro sitio, que acabo de fregar la cocina.

—¿Podemos salir al jardín? —preguntó Gemma.

—De eso nada. A dormir.

—¡Pero si no tenemos sueño! —se quejaron los dos niños al unísono.

—Pues a estudiar matemáticas.

—A dormir —se apresuró a aceptar Guillermo.

Los dos se fueron a la habitación, empapelada con flores de colores. Guillermo bajó la persiana dejando un resquicio y se tumbó boca arriba en su cama. Se puso a observar las motas de polvo que flotaban en la estrecha franja de luz que entraba por la ventana. Cada una tenía una forma, y cada una volaba a un ritmo. Guillermo

pensó: “¿Yo me estoy comiendo eso?”. Escuchó, de fondo, el piar de unos pájaros, y luego los pasos de su abuela Elisa, que iba a la sala de estar. Ella nunca dormía la siesta en la cama, sino sentada en el sofá, con los brazos cruzados y la boca un poco abierta. Miró a su lado y vio que Gemma se había dormido. El sonido de su respiración era tranquilo, relajante... Pero él no tenía sueño. Estaba demasiado excitado con la perspectiva de la excursión.

# Capítulo 2

Un enorme y feísimo gorila le estaba ofreciendo un helado de yogur con una mano, mientras con la otra se sujetaba a una liana muy larga, que se perdía en las alturas. Guillermo también se balanceaba a su lado, en otra liana. Cada vez se balanceaba más alto: parecía volar sobre una laguna verde, enorme, sin límite. Sentía un delicioso vértigo. Ganaba altura, iba a tocar las copas de los altísimos árboles que crecían en medio del agua. De pronto, el gorila le agarró del brazo; estaba enfadado porque no hacía caso de su ofrecimiento. Guillermo intentó zafarse, pero no podía. El gorila le sujetaba muy fuerte, y él tenía las manos cansadas de sujetarse a la liana. Hizo un último esfuerzo, pero fue inútil. Totalmente agotado, miró la cara manchada de helado del gorila, y se soltó. Empezó a caer, a caer, a caer... Entonces, con un sobresalto, abrió los ojos y vio el rostro de Gemma, que le sacudía del brazo como si quisiera arrancárselo.

—¿Grññññé haces, bruta? —protestó Guillermo.

—Son las cinco y diez, dormilón. Jorge ya se habrá marchado.

—¿Por qué no me has despertado antes? —gruñó Guillermo mientras se ponía en pie tambaleándose. Todo le daba vueltas.

—Llevo veinte minutos intentándolo, y tú no hacías más que decir: “Quietito, mono, que no quiero más”.

Sacaron las bicicletas del cobertizo. La de Guillermo era grande y roja, un poco vieja, porque había sido de su abuelo. La de Gemma era la que habían comprado a Guillermo hacía años, y tenía la rueda delantera hecha un ocho. Los frenos tampoco iban muy bien, lo mejor era parar con los pies.

Salieron a la calle y pedalearon con fuerza hasta el parque. Llegaron al sauce, pero allí no había nadie.

—Lo sabía, se ha pirado —dijo Gemma jadeando.

—¡Jobar, para una vez que teníamos un plan! No puede ser.

Miraron alrededor, por si le veían aún. Unas señoras paseaban un carrito de bebé, un vejete leía el periódico dando cabezadas, unos niños jugaban a las chapas en la arena... A lo lejos unos chicos en bici, a toda velocidad, estaban echando una supercarrera. El que iba en cabeza llevaba cierta ventaja, pero parecía un poco patoso: le estaban cazando. Casi se cayó al tocar el bordillo de la acera con un pedal. Recuperó el equilibrio a duras penas y se dirigió al sauce. La meta debía de estar allí. Guillermo y Gemma los observaban, emocionados.

—El gordito no gana —dijo Gemma.

—Si no se cae y se rompe la crisma... —aventuró Guillermo.

Efectivamente, el gordito iba perdiendo terreno, pero usaba tácticas de campeón. Se metió en un charco y salpicó agua negruzca en todas las direcciones. Se debía haber puesto perdido. Se le veía en la distancia la cara

roja por el esfuerzo. Llevaba el pelo rubio pegado a la cabeza de sudor.

—Oye, ese gordito se parece a Jorge —observó Gemma.

—Andá, al final ha venido con toda su pandilla —comentó Guillermo.

—Qué de amigos tiene...

Entonces se oyó la voz de uno de sus “amigos”:

—¡Maldito gordo, te voy a hacer filetes!

Jorge seguía pedaleando, desesperado. Veía el sauce a lo lejos, y había gente al lado. Debía de ser Guillermo; por favor, que fuese Guillermo.

—¿Por qué la habrán tomado conmigo estos tíos? ¡Uac, que me mato!

Oía las cadenas de las otras bicis detrás, cada vez más cerca. Se estaba quedando sin resuello, tenía la tripa revuelta, no podía más.

—Ya llego, ya llego... Es Guillermo, bien...

En ese momento, su rueda delantera se metió en una zanja y giró 90° de golpe. Jorge salió despedido y aterrizó con las rodillas y la cara a unos metros del sauce. Los otros chicos le rodearon, partiéndose de risa. Eran cuatro, y mayores que él.

—¡Se ha caído como un sapo!

—¿Cómo querías que se cayera?

—¡Eh, gordo!, ¿te has hecho daño?

Jorge no se levantaba. Se retorcía de dolor en el suelo, con las lágrimas a punto de saltársele.

—¡Dejadle en paz, abusones! —gritó Gemma.

—Cállate... —dijo entre dientes Guillermo.

Todos se giraron. El más bajito se acercó un poco a ellos. Habló despacio y muy suavemente.

—¿A vosotros quién os ha dado vela en este entierro?

—Aquí las únicas velas son las de tus mocos —replicó Gemma.

—¡¿PERO TE QUIERES CALLAR?! —gritaron Guillermo y Jorge al unísono. Gemma acababa de firmar su sentencia de muerte.

Los cuatro grandullones se miraron entre sí, sonrieron con maldad y se dispusieron a bajar de las bicis. Los chicos retrocedieron, pero no podían huir. La situación pintaba realmente mal. De pronto se oyó un zumbido y algo golpeó con increíble fuerza en el manillar del bajito, haciéndolo resonar como una campana.

Este se volvió, ya no tan amenazante. Una chica con coleta sostenía, muy tensa, la goma de un potente tirachinas. En el cuero no había una piedra, sino una bola de metal del tamaño de una pelota de *ping-pong*.

—¿Pero qué haces, imbécil? —dijo el bajito.

—Cazar gusanos —le contestó la chica.

—Suelta eso ahora mismo. No te vas a atrever a disparar.

Otro zumbido de abejorro y esta vez el golpe fue en la barra de la bicicleta, muy cerca del muslo del matón. Una nueva bola se encontraba en el cuero, preparada para ser lanzada. Nadie vio cómo la había colocado.

—¿Por qué no os largáis a pegar a otros? —dijo muy lentamente la chica.

El bajito la miraba, sin saber qué hacer. Un golpe como ese en la cabeza podía haberle matado. Sus amigos tampoco se movían. Uno de ellos por fin habló:

—Déjala, no tiene ni media leche.

El bajito asintió despacio, puso un pie en el pedal y dijo, mirando a los cuatro:

—Ya os pillaremos, hay tiempo.

Se puso de pie en su bicicleta y se fue, aparentando que no había sido humillado. Los otros tres le siguieron.

El corazón de Guillermo volvió a latir. La adrenalina le había dejado blando como un chicle. Miró a la chica de la coleta.

—Gracias. Nos has salvado de una buena —le dijo.

—Son unos cagaos, pero sí son capaces de hacer daño a alguien cuando ven que pueden abusar.

—¿Los conoces? —preguntó Gemma.

—El bajito es mi hermano.

Los tres la miraron, boquiabiertos. La chica les sostuvo la mirada, arrogante.

—Me da vergüenza, pero es la verdad. Tened cuidado con ellos.

La chica guardó el tirachinas en el amplio bolsillo de su pantalón, con la goma asomando. Echó la bola de metal en el otro bolsillo. Se oyó que chocaba con otras; debía de llevar unas cuantas. Se dio la vuelta y echó a andar.

—¡Eh, espera! —la llamó Guillermo—. ¿Cómo te llamas?

—Susana.

—Yo me llamo Guillermo, esta es mi hermana Gemma y ese del suelo es Jorge.

—¡Hola, Susana! —saludó Gemma—. ¿No quieres venir con nosotros? Nos íbamos de excursión.

—Sí, “nos íbamos” —dijo Jorge desde el suelo con un gemido—. Yo me piro a casa.

Tenía las rodillas llenas de barro, y le sangraban. En la mejilla también se veían unos buenos arañazos.

—Espera, tío, lávate un poco en la fuente, si no se te va a infectar todo —le recomendó Guillermo.

Jorge se levantó apoyándose como pudo en los codos y en las muñecas. También tenía las manos en carne viva. Dejaron las bicis tiradas y le acompañaron los tres hasta la fuente. Allí se lavó con cuidado, y no dejó de resoplar y de gemir, aguantándose las lágrimas. Ya no sangraba. Cuando estuvo más calmado cogieron las bicis y se fueron de allí caminando en dirección contraria a la que habían tomado los cuatro matones.

Susana les condujo por unas calles que no conocían. No querían cruzar ninguno de los dos puentes, porque allí no tendrían escapatoria si les pillaban. Así que se dirigieron a las afueras. Siguieron un camino de tierra bordeado por muros bajos hechos con piedras amontonadas. En un punto, el muro de la derecha tenía un hueco, que se cerraba con una especie de puerta formada por dos postes y unos alambres con ramas

entrelazadas. Susana desenganchó uno de los extremos del alambre y la abrió. Pasaron uno tras otro y Susana volvió a cerrar. La hierba estaba alta, les llegaba a la cintura, y formaba un camino por donde el paso la había ido aplastando. Llegaron así, en fila india, hasta una casita pequeña y destortalada. Susana la rodeó y volvió empujando una bicicleta más vieja aún que la de Guillermo.

—Hala, ya podemos ir donde queráis.

Jorge estaba avergonzado; su bicicleta seguramente costaba el doble que las otras tres juntas. Pero nadie parecía darle importancia.

—¿Nos vamos a la playa? —preguntó Gemma, emocionada. Llevaba el bañador puesto, debajo de la camiseta.

—Por mí... —aceptó Susana.

Y se fueron los cuatro, pedaleando con alegría bajo el sol de la tarde. Hasta Jorge se había olvidado del dolor de sus rodillas y del miedo que había pasado. El campo olía a miel y a hierba húmeda. Asomaban a los bordes del camino diminutas flores amarillas y blancas. A veces, las ramas de los árboles se entrelazaban por encima de ellos formando un arco de pequeños espejos verdes, que se movían y susurraban con la brisa. Llegó hasta ellos el olor del mar.

La vegetación fue cambiando, haciendo más escasa y agreste, hasta que llegaron a una gran extensión de

roca, que ascendía en suave pendiente. Detrás de ella, se veían docenas de gaviotas, volando blandamente.

—Ya casi estamos —dijo Susana.

El suelo de roca era bastante plano entre los peñascos, así que siguieron montados en sus bicicletas hasta llegar a la cima. Allí se detuvieron, admirados por el paisaje que se ofrecía ante su vista.

El mar, inmenso, inabarcable, de un azul tan profundo que parecía poder tocarse, inundó sus retinas hasta casi desbordarlas. Y el viento fresco irrumpió salvaje en sus pulmones, llenándolos de olor a sal y cantos de gaviota.

Se encontraban en lo más alto de un acantilado, que caía a pico sobre una playa de arena amarilla. A lo lejos, hacia la izquierda, se veía la desembocadura pantanosa del Saltogrís. Hacia la derecha, y más cerca, la playa se teñía de verde, y entre la hierba discurrían los últimos tramos del Helecho. Al frente, en medio de la inmensidad, una pequeña isla rocosa desafiaba los embates del mar.

—¿Qué es ese humo que sale de en medio del pantano? —preguntó Guillermo.

Todos giraron la cabeza hacia allí. Efectivamente, entre las aguas insanas del cenagal ascendía una fina columna de humo gris.

—Es la casa del Viejo Castor —respondió Susana.

—¿Un castor? Qué habiloso, sabe hacer fogatas —bromeó Gemma.

—Le llaman así. Es un hombre muy mayor, que vive ahí solo, en una cabaña en un árbol. Es forastero, aunque lleva muchos años viviendo en el pueblo. —Susana se acomodó en el sillín—. Dicen que hace brujería. A mí simplemente me parece que está un poco loco.

Los otros tres la miraron, entre incrédulos, sorprendidos y asustados. No sabían si creerlo, pero pensaron que mejor sería no encontrarse con él. Susana, ignorándolo, tomó su bici por el manillar y se puso en marcha otra vez.

Descendieron por un camino oculto entre las rocas, hasta que sus pies pisaron la arena cálida. A aquella hora no se veía a nadie paseando. Había cuatro o cinco botes descansando por encima de la línea de la marea alta. Sus jarcias flameaban con el viento y producían contra los mástiles un delicioso clac, clac.

—Qué buen viento —apreció Susana—. Hoy podríamos llegar hasta La Pena como unos señores.

—¿La Pena? —dijo Gemma.

—Sí, es ese islote todo de piedras. Bueno, casi todo de piedras.

—¿Qué más hay? —intervino Guillermo, interesado.

—Un faro en ruinas..., y alguna cosa más.

—¿Y por qué se llama La Pena? —preguntó Jorge, viendo que Susana no tenía intención de dar más explicaciones.

—Porque ha causado muchas penas por aquí. Está rodeada de bajíos peligrosos, y muchos barcos han

naufragado en ellos. Para remediarlo, hace mucho se construyó un faro, y durante un tiempo todo fue bien. Hasta que unos bandidos contrabandistas (que aquí siempre han abundado) lo derruyeron. Los muy canallas hacían fogatas en otros sitios para guiar a los barcos hacia la isla, donde los estaban esperando. Cuando encallaban, iban y los saqueaban. Mataban a la gente sin compasión –relató Susana a su improvisado auditorio.

Todos guardaron silencio. Durante un rato nadie se movió, imaginando a los piratas degollando a sus víctimas en las noches de tormenta, hasta que un pequeño cangrejo asomó la cabeza en la arena, en medio de los cuatro y, tranquilamente, se fue caminando de lado hacia el mar.

—Mañana también hará buen tiempo, seguro... ¿Os gustaría ir a la isla? —propuso Susana, mirando al mar.

—¿Estás de broma? Por favor, no bromees —saltó Guillermo, sintiendo que el corazón se le salía por la boca.

—¿Habéis navegado alguna vez a vela? —les preguntó.

—Nosotros no —contestó Gemma.

—Yo sí, bastante —dijo Jorge.

—Vale, pues mañana veréis la isla de cerca —decidió Susana—. Pero lo suyo sería salir por la mañana —dijo mirando ahora a Guillermo, que le había contado sus entretenidas jornadas en la biblioteca.

Guillermo miró a su vez a Gemma, y no lo pensó:

—No hay problema. Por un día que me tome de descanso... A la abuela no le importará —añadió no muy convencido. Quizá fuese mejor no decirle el destino exacto de la excursión.

Y aquella noche se durmió muy entrada la madrugada, después de haber probado todas las posturas posibles, y algunas imposibles, en su cama.

# Capítulo 3

El barco avanzaba lentamente sobre la quieta superficie. El sol ya se ocultaba, y de no ser porque Abhad conocía aquella lengua de mar como parte de su casa, no se habría aventurado a navegar con tan poca luz. Y no solo por el peligro de los bajíos. No corrían tiempos seguros.

Impponentes paredes casi verticales desfilaban ante él flanqueándole, majestuosas, vigilantes. Entre enormes piedras se encaramaba todo un ejército de equilibristas árboles de *aleas*, que a aquella hora se teñían de dorado. Abhad levantó la vista para admirar una vez más la cascada de Imrahel. Esta, desde una altura increíble, se asomaba al vacío y derramaba una cortina de agua pulverizada que cubría con un velo de oro toda la ladera antes de caer blandamente al mar. Una sensación de paz y alegría le invadió por dentro y dio gracias a Nialah por permitirle regresar a salvo a su hogar.

Sobrepasó las primeras cabañas, de cuyas chimeneas brotaban alegres bocanadas de humo. Al aproximarse al embarcadero, ya preparado para la botadura, al día siguiente, del robusto Or, arrió la única vela, y el pequeño barco tocó puerto suavemente.

Una vez amarrado, Abhad saltó a tierra, mucho más ágilmente de lo que su enorme cuerpo parecía capaz. Se movía mejor sobre el bamboleante tablazón de un barco que en tierra firme. Prácticamente había nacido en un barco y ninguna maniobra, ni paso, ni entrada a puerto, tenían secreto alguno para él. Su hermano Acheb y él eran constructores de barcos, como lo habían sido su padre, el famoso Calhibe *Mano de Piedra*, y el padre de su padre. De ellos habían aprendido el arte de trazar cuadernas, calcular pesos y superficies de velamen, y de transformar esquemáticos trazos en grandes barcos de madera, a los que hombres decididos pudieran confiar sus vidas.

Recordaba a su padre en el taller, situando sobre el suelo, con todo cuidado, flexibles junquillos y sujetándolos con piedras aplanadas por su base, de manera que formaran una suave curva que uniera los puntos que previamente había marcado. Y después, trazando, con la firme mano que le había dado nombre, el contorno de lo que sería la cuaderna maestra de un nuevo barco. O eligiendo con el leñador los mejores troncos para construir mástiles. O ayudando a la madre de Abhad a tejer duras velas de *aminheya*.

Sí, Abhad y Acheb habían aprendido un bello oficio y, lo que también era importante, bastante

productivo. O al menos así había sido durante años. Últimamente, los cada vez más insistentes rumores, procedentes del norte, de asaltos y actos de piratería habían frenado el comercio, y sin comercio no se construían barcos. Hasta el momento, el pequeño pueblo de Mohs-Brydhal y toda la región había vivido en paz y un poco de espaldas a estas historias, pues nadie había sido testigo directo de ningún hecho fuera de lo normal. Pero, inevitablemente, dejaban su huella en el ánimo de la gente, que se había vuelto más desconfiada, y pocos demoraban el regreso a casa más allá del anochecer. Muchas puertas estaban cerradas. Así que Abhad echó una mirada alrededor, a las oscuras sombras que ya comenzaban a extenderse entre los árboles, e inconscientemente rozó el mango del hacha que pendía de su cinturón antes de dirigirse a grandes zancadas hacia su casa.

Estaba situada cerca del embarcadero, encaramada en la pared de piedra, un poco por encima del taller. Un suave resplandor dorado se colaba por las rendijas de la puerta, invitando a entrar al calor del fuego. Abhad golpeó cuatro veces con el puño antes de gritar:

—¡Ha llegado un pobre hambriento! ¿Habrá alguna sobra que me puedan dar, por caridad?

Y, de un empujón, abrió la puerta.

—¡Cierra ya, condenado! Me paso el rato avivando el fuego para que encuentres la casa caliente y, después del retraso, dejas la puerta abierta a los cuatro vientos —le recibió su hermano Acheb mientras se acercaba a él amenazándole con el cucharón de remover la sopa. Los dos se echaron a reír y se dieron un caluroso abrazo.

—¡Buenas noches, Zeneia, princesa de todos los mares de occidente! —dijo Abhad dirigiéndose a la hermosa mujer que le observaba sonriendo desde un taburete, junto a la chimenea. Las llamas hacían bailar la luz sobre su semblante, haciéndola aún más bella.

—Buenas noches, Abhad el Caracol, querido cuñado. —Y, levantándose de un brinco, le abrazó también y le dio un beso en la mejilla—. Estábamos empezando a preocuparnos —le reprochó.

—¡Todavía hay luz en el cielo! Ya sé que los jóvenes enamorados tienen prisa por irse a dormir, pero aún no habéis aprendido a obligar al sol a desplazarse más rápido. Llego justo a tiempo, creo —contestó Abhad dirigiendo su mirada hacia el humeante caldero y la parrilla donde se asaban crepitantes tiras de tocino.

—Depende de las noticias que traigas —dijo Acheb—, merecerás la cena o no. ¿Qué me dices?

Abhad no contestó inmediatamente. Paseó su mirada de los expectantes ojos de Acheb a los de Zeneia, y otra vez a los de Acheb antes de pronunciarse.

—¡Tidareo el Calvo quiere un nuevo barco, el más grande y poderoso de su flota, para transportar pieles y metales hasta Rhod-Endrialla!

—¿Tan lejos? Tendrá que ser mucho más grande que Or para aguantar las corrientes del mar de Amur —observó Acheb regocijado. Ya estaba imaginándose la imponente y armoniosa silueta del enorme barco, y sus ojos echaban chispas.

—¡Eh, tú tienes algo más urgente de qué preocuparte! —protestó Zeneia—, ¿o me equivoco?

Abhad los miró divertido. Solo quedaba una luna para la boda de su hermano, y había montones de cosas por organizar.

—Tienes razón, tienes razón, pero no puedo dejar a Abhad solo con los planos preliminares, podría resultar cualquier disparate —se defendió Acheb.

—¡Ja, ja! —rió Abhad. A los dos les encantaba la primera fase del diseño de un nuevo barco, en la que se decidían sus líneas generales, y Acheb se moriría de envidia si se la perdía—. No te preocupes, Zeneia, Acheb es muy eficiente cuando quiere, le dará tiempo a todo.

Zeneia le lanzó una mirada de incredulidad, y seguidamente suspiró, ¿qué remedio le quedaba? Intentar detener a los dos hermanos era como querer frenar una tempestad en el mar de Amur.

## **Fin del fragmento**

**¿Te has quedado con ganas de más?**

**<https://relinks.me/1671178823>**

